

del metro o de la consonancia. Y finalmente, la tercera y última, introduce el tema de la heterodoxia en el resbaladizo campo de las novedades cartesianas, en lucha feroz aunque encubierta con la Escuela. De ahí pasamos a las ideas políticas del XVIII que nos dejan en el vestíbulo de nuestra Independencia.

Tal es el nutrido temario del nuevo libro del doctor Jiménez Rueda. En él se traza un primero y amplio esquema que, como el libro del doctor Samuel Ramos sobre la *Historia de la Filosofía en México*, es una incitación más para continuar la tarea de escribir nuestra historia cultural. Cumple bien, pues, este libro su propósito básico y su lectura amena y provechosa hace pedazos definitivamente el tradicional cliché de un México colonial aburrido y gris, casi muerto, a que nos venían acostumbrando los historiadores progresistas del siglo pasado.

EDMUNDO O'GORMAN,  
*Universidad de México.*

E. CABALLERO CALDERÓN, *Suramérica, Tierra del Hombre*.—Medellín, Colombia, Ediciones Librería Siglo XX.

Este libro de Caballero Calderón, escritor joven de Colombia, no es un retozo literario. Es la obra de un hombre de ideas, escrita con calor y en una prosa agradable.

No es en los vestíbulos de los grandes hoteles, ni cambiando impresiones con empleados de compañías extranjeras que no dominan el castellano ni conocen del país otra cosa que sus campos de golf, como puede conocerse a Suramérica, dice en la introducción de su libro Caballero Calderón. Parece esto una indirecta exclusiva contra ciertos autores norteamericanos que después de recorrer el Continente en un rápido viaje de avión, vuelven aquí a producir libros en que prometen revelar las intimidades de aquellos países. Tales autores sensacionalistas irritan la sensibilidad del intelectual hispanoamericano, pero aquí —en Estados Unidos— tienen sus libros muy buena venta y creen en cuanto dicen.

El libro de Caballero Calderón es el producto de varios años de viajes y de permanencia en esos países, observando todo inteligentemente. Como suramericano, nuestro autor, a lo largo de su obra, se deja arrastrar por el entusiasmo que le inspira la patria común. Suramérica, dice, es el más bello y sugestivo de los continentes y el más cargado de porvenir.

Esto es una verdad de a puño. En lo que sí, desgraciadamente, no me hallo de acuerdo con Caballero Calderón, es en sus optimistas apreciaciones sobre el nuevo tipo humano que se está creando en la América, o sea la hibridación del blanco, el negro y el indio, y que se inició hace más de cuatrocientos años. Este es un punto no para ser discutido en forma personal, sino aplicando a ello el escalpelo de la ciencia y de observaciones directas y desprevenidas.

Razas que, como la negra y la india, han estado sometidas por siglos a la abyección de la esclavitud y la ignorancia, no pueden suministrar un aporte cultural muy sustantivo (hablamos en general) a ninguna agrupación humana. A tales razas y sus mezclas hay que llevarlas muy lentamente de la mano en un proceso educativo, al través de generaciones, antes de que lleguen a ser masas creadoras de una nueva cultura y se despojen de sus taras atávicas y hasta de sus rencores.

Creo yo en la amalgama de razas; creo que en la América Española esto se va efectuando con cierta liberalidad; pero el proceso va con lentitud de centurias y milenios y hoy tenemos que andar más de prisa, para no quedarnos atrás. Sólo a través de la bien seleccionada inmigración de gentes blancas, de razas que han mostrado disposición al cruce con nuestros elementos, sin repugnancias religiosas o de color, podrán los problemas étnicos de nuestra América tener un más pronto y favorable desenlace.

Una prueba al canto: Miremos a naciones como Argentina, Uruguay, sur de Brasil y de Chile, en que ha habido buenas corrientes de inmigración europea, y se verá que ellas van adelante de nuestros otros países. A la vez miremos las cuatro o cinco repúblicas de Centro y Suramérica en que predomina ese "nuevo tipo humano" en cuyas manos pone Caballero Calderón el futuro de la América y en donde ellos son mayoría y han venido siendo gobierno, y se verá que la situación es caótica. No obstante las riquezas de su suelo, son pueblos pobres y siguen mirando al extranjero como al ser superior que representaban los funcionarios oficiales de la colonia, venidos del otro lado del mar.

Dice Caballero Calderón que en Colombia no hay indios, ni negros, ni mulatos. Ante la ley, tal vez sí. Todos son colombianos, pero ante la absoluta clasificación racial, está errado. En otra parte de su libro (p. 83) anota que los núcleos indígenas están allá reducidos a la Hoya Amazónica, Río de Oro y la Península Goajira. Pasó por alto el escritor los grupos negreros del Patía, Telembí y del Bolo y la Burrera, en el Valle del Cauca, y las agrupaciones de negros en las costas del Pacífico y del

Atlántico. En cuanto a los indios, olvidó las comunidades de Tierra Adentro, muy numerosas; olvidó a los indios sibundoyes, los araucos, los chocoes, etc. En el mismo error incurren casi todos los escritores de la capital de Colombia, que juzgan del paisaje racial nacional por lo que ven a los alrededores de la Sabana en que se asienta la llamada Atenas Muzica.

Es extraño que al hablar del nuevo producto humano de la América Hispana, no haga Caballero Calderón ninguna referencia a los antioqueños, que son producto legítimo de los Andes y que indudablemente representan el grupo étnico más interesante y mejor definido de toda la América, por lo prolífico, por su cohesión y su lucha contra la tierra. El antioqueño es producto nuevo, típicamente suramericano, por no decir colombiano. Ha absorbido totalmente cuanto elemento extraño se ha acercado entre ellos, sin olvidar nombres ingleses, suecos y alemanes y, por último, ha saturado y continuará saturando a toda Colombia con su sangre e influencia. La gente antioqueña casi ejerce la hegemonía en Colombia. Se hallan en todas partes, en todas las empresas, sin excluir los mejores diarios de la prensa. La capital del país, la Costa, antes reacia a las gentes del interior, el Valle del Cauca, etc., todo se ha antioqueñizado. Ellos han fundado ciudades en lo que antes eran montañas vírgenes y crearon un Estado floreciente, el de Caldas. ¿Hay un grupo racial semejante en Hispanoamérica? Allí sí que se ha efectuado la hibridación, pero el factor blanco aún es elemento predominante, como debe serlo, para obtener mejores y pronto resultados. El antioqueño ha suplido en parte nuestra escasez de inmigrantes, pero en donde no haya antioqueños hay que atraer inmigrantes blancos, bien escogidos, mientras se eleva el nivel moral del mestizo, del negro y del indio por la educación, hasta que sean absorbidos en la hornaza de la nacionalidad. En cuanto a los prejuicios raciales, sí que los hay en todas partes. En Colombia, pese a lo que dice el autor del libro que analizamos, mientras las razas van en lento proceso de mezcla y se da beligerancia a los hombres de color que adquieren una buena educación, existen los prejuicios de unos contra otros. Eso de que allá existe en el negro el espíritu de esclavo, no me parece fundado. El negro allá —los he visto en el Cauca y en la costa atlántica— es altanero; el mulato es arrogante y el mestizo sufre, en toda esfera social, la subconsciencia de un *snobismo* insufrible: no importa que se haya elevado y conquistado una posición social, política o económica. Y ¡cosa rara! nunca quieren confesar que por sus venas corre la sangre aborigen americana. ¡Qué diferentes los mexicanos, que tienen a orgullo ser indios, en parte

o en todo! Y por lo mismo, el mexicano es uno de los tipos más sustantivos de América.

Hispanoamérica ofrece un vastísimo campo al sociólogo y por ello nos gustará mucho que Caballero Calderón escriba más sobre tales temas, pues tiene vocación y estilo para hacerlo; pero no debe dejarse llevar del entusiasmo de lo que posiblemente lleve por dentro, es decir, la savia indoamericana. Ojalá que viaje un poco por las regiones aisladas de Colombia, ésas que desconocen evidentemente los escritores de la capital, pues que, como él mismo dice, para abordar ciertos problemas debemos conocernos. Y que nos dé algún día un libro sobre los países híbridos de la América Central, sobre México y aun sobre los Estados Unidos, en donde se viene efectuando la hibridación de las razas blancas, pero en donde es muy acusada la línea divisoria con las razas de color.

Hay en *Suramérica, Tierra del Hombre* dos lapsus históricos que no resisto al deseo de anotar. En la página 195 dice el autor que las tribus de indios nómades de los Llanos de Colombia y Venezuela, armados de lanzas, formaron la caballería de Bolívar. No hay tal. Los famosos lanceros de Boves, de Páez y de Bolívar fueron casi todos zambos, negros y mulatos; gentes curtidas de los hatos de nuestras llanuras. Lanzas famosas fueron Rondón, Camejo, Infante, Silva, etc., hombres de color. Todas esas gentes de la heroica caballería eran gentes mezcladas, pero no indios.

Otro error histórico (p. 94) se refiere a Henry Morgan, de quien dice que murió encerrado en la Torre de Londres. Morgan murió en Jamaica el sábado 25 de agosto de 1688, y fué enterrado allí con grandes honores.

La América del Sur es en verdad la tierra del hombre. Es un continente para la humanidad. Su futuro es magnífico. Serán hombres y países con nuevas ideas. Con referencia a su propio país dijo Hoover, cuando era Presidente de los Estados Unidos, adonde han confluído gentes de todas las razas, que la principal preocupación debería ser el crear un nuevo tipo humano. Lo mismo debemos hacer en Suramérica, pero para ello es necesario mejorar con la educación y la higiene los elementos actuales, inyectando a la vez tales naciones con abundantes dosis de buena sangre europea. Con sólo los elementos actuales, la evolución será muy lenta, de miles de años. De lo contrario, en la presente época del aeroplano y del radio, en que todo parece marchar de prisa, nos quedaremos muy atrás. Sigamos el ejemplo de los Estados Unidos, de la Argentina, del Brasil y de Chile. Abramos las puertas a una inmigración bien seleccionada, pues nuestro mayor problema es reducir con sangre blanca el cociente de color y que del

inmigrante bien preparado, de su proximidad y ejemplo, logren un avance los métodos del elemento criollo.

Las observaciones de Caballero Calderón, estamos seguros, interesarán mucho a los sociólogos norteamericanos. Aparte de eso, como escritor, describe bellamente el paisaje. Su visión de la pampa argentina, de Buenos Aires y de Río de Janeiro son pinceladas magníficas.

Para él, en Suramérica la lucha más importante, desde la Conquista hasta el día, ha sido contra la tierra; el Dictador, mientras en Suramérica agoniza (es la verdad), apenas empieza a nacer en Europa. Llama a Cartagena tierra de timbres heroicos, ciudad mulata. Verdad es que en la histórica ciudad se conserva Getsemaní, el barrio de negros de los días coloniales, pero allí prevalece un núcleo social de gentes blancas, de buen abolengo, que posiblemente resentirán la clasificación. Negros y mulatos los hay en todas partes del trópico y aun en muchas ciudades de los Estados Unidos, pero en el Caribe hay otros puertos a los que mejor cabe tal clasificación. Con todo, sin el elemento de color, habría sido más que difícil la penetración a ciertas regiones del trópico. Ellos, los negros, o los que llevan un tinte de esa raza, con su particular resistencia a los climas implacables, similares a los de las tierras africanas de sus antepasados, han dado el aporte muscular que ha servido como puente para la penetración de los colonizadores de raza blanca. El negro ha sido, al cabo, un factor valioso para la conquista del trópico.

ENRIQUE NARANJO MARTÍNEZ,  
*Boston.*

BYRON GIGOUX, *El cerro de los yales*.—Santiago de Chile, Editorial Orbe, 1944. 250 pp.

Byron Gigoux ha publicado una entretenida novela. Es necesario dar a conocer este acontecimiento, porque no sucede con frecuencia que aparezca un novelista de calidad en Chile. Gigoux sabe narrar y presentar el escenario en que se desarrolla su historia. En efecto, desde las primeras páginas el lector se adentra en un mundo de fina, por lo artística, ficción.

Se trata de una novela de la rica región minera de la provincia de Atacama. Desfilan, por así decirlo, en sus capítulos la vida, las costumbres, creencias y preocupaciones de algunos seres de Chile y de Norteamérica.